



Las familias carismáticas dentro de la andadura sinodal

Comisión Familias Carismáticas CLAR

En nuestra Vida Religiosa, desde hace unos cuantos años se viene escuchando la expresión: “Familias Carismáticas”. Para algunas/os hermanas/os es un lenguaje familiar, saben a qué se refiere. Para otras/os resulta un lenguaje extraño. Por eso, una pequeña aclaración inicial. En el ámbito de la Vida Consagrada llamamos “Familias Carismáticas”, al conjunto de fieles cristianos, ministros ordenados, consagradas/os, laicas/os, que se agrupan bajo un mismo carisma, haciendo referencia a un mismo fundador o fundadora, a una misma espiritualidad, a un mismo espíritu y una misión común. En algunos casos reúne a varias Congregaciones, Órdenes o Institutos; en otros, simplemente se trata de un Instituto de consagradas/os al que adhieren en distinto orden de pertenencia otros miembros de la Comunidad Eclesial.

Para profundizar en este concepto, nuestra Comisión de la CLAR, ha ofrecido el artículo “Familias Carismáticas” ¿Qué son? ¿Qué ofrece hoy el Espíritu Santo en ellas? En el II Seminario de Carisma y Laicado organizado por la CLAR, bajo el lema: “Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notan?” (Is 43,19)¹, fuimos interpeladas/os a reflexionar juntas/os sobre el desafío de la misión compartida hoy, en nuestras Familias Carismáticas (FC) y en nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña. Así fuimos descubriendo la riqueza de las experiencias diversas, reconociendo caminos diferentes, abriendo el corazón al soplo del Espíritu que nos invita a ser testigos y a dar testimonio de Jesús y de su Pasión por el Reino. También nos adentramos en los clamores, convicciones y propuestas de nuestras FC, y confirmamos con alegría, asombro y entusiasmo los pasos que se han ido dando en diferentes comunidades, constatando que estamos viviendo un tiempo nuevo de cambio de paradigmas, que nos mueve a vivir un proceso profundo de conversión de vida, pensamiento y acción. Es un paso significativo en nuestra historia que nos convoca a la novedad, a la profundización, a la escucha, a transmitir una llama, ese fuego que contagia y enciende vida, que apasiona y envía.

¹ CONFEDERACIÓN CARIBEÑA Y LATINOAMERICANA DE RELIGIOSAS/OS – CLAR. *Mensaje Final del II Seminario de Carisma y Laicado*. Bogotá-Colombia, 15 a 17 de septiembre de 2017.

Este camino de la misión compartida no puede ser interpretado como una moda pasajera. Se configura en necesidad y a la vez en oportunidad, en experiencia de fuerte pertenencia y en posibilidad de sinergia, de hacer posible la unión y construir vínculos. La misión compartida es la expresión más profunda del regalo de Dios a cada una de nuestras FC, porque reconocemos en ella esa multiplicación del carisma en religiosas/os, laicas/os. Bebemos juntas/os del mismo pozo, del agua de la vida que sostiene a cada uno de nuestros carismas. Estamos convencidas/os de que trabajar juntas/os es mucho más que sumarnos, es multiplicarnos. No hay misión compartida sin vida compartida, sin confianza recíproca, sin conciencia de que somos iguales y a la vez diferentes. Esto es bueno, porque nos enriquece y complementa.

La eclesiología de comunión es un fuerte llamado al encuentro, a la apertura de experiencias y estructuras para que la vida sea más vida. Esta experiencia es Buena Noticia y acción profética en su esencia, porque es tiempo de audacia, creatividad, valentía, compromiso, creación de nuevas propuestas, construcción de experiencias que estén al servicio de la vida que clama. De hecho, es una mirada al futuro, a nuevas formas de vivir y trabajar juntas/os. En este escrito queremos ofrecer una reflexión de la Comisión, referida al sentido que van tomando las “Familias Carismáticas” y qué aporte hacen a una Iglesia Sinodal.

A) Descripción del camino recorrido a partir del Concilio Vaticano II hasta nuestros días

1) Algunas pinceladas sobre el camino recorrido

La rica reflexión que inició la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, valorando la común vocación a la santidad y a la misión de todos los bautizados, junto al llamado a volver a las fuentes evangélicas y carismáticas de los Institutos, propuesto en el decreto *Perfectae Caritatis*, dio lugar a un rico intercambio entre las distintas vocaciones en la Iglesia.

Muchas y diversas fueron las experiencias vividas: misiones compartidas, inserción conjunta en obras y territorios de servicio eclesial, propuestas de comunicación espiritual carismática, tales como retiros, ejercicios espirituales, campamentos, asambleas... Todo ello fue dando lugar a una creciente conciencia de participación carismática en muchos miembros del Pueblo de Dios. Con distintas acentuaciones, muchas/os laicas/os, e inclusive miembros del clero diocesano

fueron percibiendo que su configuración con Cristo asumía un tono o tinte carismático afín a tal o cual familia religiosa.

Este camino, conducido por el Espíritu, no fue igual en todos los lugares del mundo y de la Iglesia. Más bien, como toda la obra creadora del buen Dios, fue variado, con diversos colores y formas, respondiendo al encuentro de los diversos carismas en las distintas culturas, ante diversos desafíos sociales y eclesiales, en diversos momentos históricos. Todo ello, produjo distintas percepciones, diversos desarrollos, diferentes reacciones: de alegre acogida a desconfiadas resistencias. Así es la vida. Y así es también la vida de la Iglesia. Todo esto fue recogido en el Derecho Canónico 677.2 y en la reflexión magisterial próxima al gran Jubileo del año 2.000, en *Christifideles Laici* 29 y en *Vita Consecrata* 56. Y así lo refiere el Papa Francisco en su Carta Apostólica “Testigos de la alegría”, escrita con ocasión del inicio del año de la Vida Consagrada:

... alrededor de cada familia religiosa, y también de las sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la “Familia Carismática”, que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.²

2) Descripción de algunos elementos culturales y eclesiales que acompañaron este camino en nuestro continente.

El desarrollo, percepción y acogida de este camino del Espíritu ha sido muy distinto en los diversos ámbitos culturales y eclesiales. Hay regiones históricas, políticas y culturales que son más permeables a estas “acciones propositivas del Espíritu”, porque naturalmente ven en ello una propuesta al desarrollo de la vida. Por el contrario, hay otras en las que se percibe como un riesgo para la misma vida, por pérdida de unidad, control de los procesos y temor a “perderlo” todo. Igualmente, hay regiones eclesiales e iglesias, con sus historias, procesos de evangelización e institucionalización, muy diversos. Que, del mismo modo, perciben posibilidades o riesgos de manera distinta.

En nuestro caso, América Latina y el Caribe, tenemos muchos elementos comunes y algunos que nos diferencian. Tenemos como fuente de nuestra primera

² Francisco, *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada* (21 de noviembre de 2014), III,1. En: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_lettera-ap_20141121_lettera-consacra.html

evangelización una incidencia de la Península Ibérica, con muchos elementos comunes a nivel cultural y eclesial, pero con muchos matices particulares. Tenemos una común asunción del Evangelio por los Pueblos Originarios que tienen características diversas y han vivido de distinta manera los procesos de colonización y evangelización. Tenemos una similar historia de las independencias nacionales, con procesos y consecuencias similares y variadas. Todo ello da lugar a diferentes estadios de acogida y desarrollo, de esta realidad creciente: las Familias Carismáticas.

Con todo, podemos reconocer algunos elementos culturales y eclesiales comunes, que vale la pena mencionar. Ha habido en la Iglesia de nuestro continente una fuerte presencia laical y de la Vida Consagrada a lo largo de su historia. Si bien ha existido y existe una fuerte impronta clerical, no es menos cierto que, desde el inicio de la evangelización, ha sido muy fuerte la presencia de la Vida Religiosa y que, por una serie de razones geográficas, históricas, muchas veces la vivencia de la fe se desarrolló en las familias, con una fuerte presencia e incidencia de las mujeres. María Santísima, la Madre de Jesús acompañó con su presencia maternal este camino. Allí todos nuestros carismas tuvieron una rica inserción en nuestras sociedades e iglesias locales, con el rico colorido que le han ido dando nuestras diversas tradiciones y culturas.

Nuestro continente, fuertemente “marcado” por las desigualdades e injusticias, despertó una gran sensibilidad por los pobres y marginados, todo a lo largo de nuestra historia, no ajeno a luchas y tensiones políticas, sociales y eclesiales, que han marcado profundamente nuestra memoria y el modo de entender el Evangelio y sus consecuencias. A todo esto, no son ajenas nuestras Congregaciones y Familias Carismáticas.

Igualmente, a lo largo de la historia, la carencia de clero y, en los últimos años, el descenso del número de religiosas/os, dieron lugar a una valiosa participación de laicas/os, y a la visibilización de sus aportes en diversos ministerios, con una nueva percepción de los carismas al servicio de la evangelización. Esta aproximación hizo sentir la necesidad de participación a nivel carismático, generando múltiples experiencias que impulsan a una comprensión renovada de la interacción de las vocaciones en la Iglesia.

B) Desafíos presentes

1) Diferentes “estadios” socio-culturales y eclesiales.

A la hora de acompañarnos en este proceso de iluminación y animación para la construcción de nuestras Familias Carismáticas, somos conscientes de que existen diversos “estadios” en las regiones tan variadas de nuestro continente. Eso hace que en un clima de encuentro y escucha mutua, típicamente sinodal, no todo “suene” de la misma manera y conduzca a concreciones iguales o similares. Esta constatación no debe conducirnos a “cerrarnos” a la escucha o a ignorar a los otros. Todo lo contrario: la diversidad significa riqueza.

Hay entre nosotros sociedades e iglesias locales en estadio de satisfacción y crecimiento; hay comunidades civiles y eclesiales en diversos estados de crisis y replanteos; hay procesos de crecimiento hacia sociedades más organizadas, justas y participativas; hay procesos de búsqueda y reconstrucción a partir de situaciones profundamente insatisfactorias.

En el ámbito eclesial, nos encontramos con comunidades vitales y vigorosas que buscan y encuentran caminos de vida nueva muy significativos. Y nos encontramos con comunidades “golpeadas”, por ejemplo, con casos de abusos, comunidades cansadas y faltas de vitalidad, por carencia de jóvenes, por ejemplo.

Hay realidades transversales que nos afectan de diversas maneras: la pobreza, el narcotráfico, el consumo problemático de sustancias, los deseos de los jóvenes de emigrar, la prolongación de la vida humana, la creciente sensibilidad ecológica, los modos de producción de riquezas y los modos de distribución de bienes.

También en el ámbito eclesial encontramos realidades que nos afectan de diversas maneras: alejamiento de los fieles de las prácticas religiosas, crecimiento de las comunidades evangélico-pentecostales y otras, carencia de ministros y ministerios, diversificación de modos y estilos pastorales.

Vemos como un signo del Reino la búsqueda de las mujeres para que su voz sea reconocida en la sociedad y en la Iglesia. Vemos con esperanza el clamor de los jóvenes por una Iglesia más acogedora y participativa. Constatamos con gozo la participación de muchos creyentes en organismos que trabajan por la justicia, por la paz y la defensa de la casa común. Los pueblos originarios de nuestro continente

nos siguen enseñando desde sus espiritualidades a fortalecer nuestra relación con el Dios Vida para todos los seres.

2) Diferentes “percepciones” de esa realidad

Ante esta realidad, que tiene rasgos comunes y diferencias, nos encontramos con diferentes percepciones en el ámbito eclesial. A riesgo de “caricaturizarlas” un poco, podemos describirlas así:

- *Inconsciencia, indiferencia.* Es una percepción muy común. Es como que no nos damos cuenta del cambio de situación y se continúan intentando las mismas respuestas de siempre, que no responden a preguntas vitales y no se hacen cargo del cambio de época. Hay como una incapacidad de percibir la realidad del mundo, de la naturaleza, de la situación social, de las personas.
- *Evasión, búsqueda de espacios individuales de realización.* Es la percepción de que algo no anda bien. “Me siento mal”. Y buscamos una salida que nos haga sentir mejor. Hay sensación de malestar y buscamos sensaciones de bienestar. Es una percepción autorreferencial. No hay intención de profundizar en el análisis de la realidad.
- *Resistencia, esfuerzo, sostenimiento de Instituciones.* Es la percepción de que no se está bien. Se percibe que hay cosas que no se han hecho bien. Se ve la necesidad de volver a prácticas y modos que en otro tiempo nos dieron buenos frutos. Esta percepción llama a exigir y a exigirnos a nosotras/os mismas/os grandes esfuerzos, pero sin intentar respuestas nuevas ante los nuevos desafíos.
- *Pesimismo, desánimo, estado de crítica continua.* Es una percepción que muchas veces aparece muy aguda, con muchas razones que explican la situación, pero que generalmente se presenta envuelta en pesimismo. En este posicionamiento, muchas veces hay capacidad de ver causas y responsables, pero no se alcanza a ver nuevos horizontes y llamadas.
- *Esperanza, búsqueda de respuestas nuevas a una “nueva era”.* Esta percepción permite ver elementos de luz y vida a partir de las situaciones difíciles y dolorosas. Percibe el fluir de la vida en otras dimensiones, que no son en las que nos hemos acostumbrado a buscarla. Se descubren posibilidades nuevas desde desafíos nuevos.

3) Diferentes “senti-pensares”

Las diferentes percepciones de la realidad nos llevan a diferentes “senti-pensares”, diferentes modos de iluminar esa realidad que el Señor nos concede vivir. Muchas veces se dan en nosotras/os de manera “mezclada”, otras veces se alternan las opciones.

- *Racionalismo justificante.* Es la tendencia a buscar y encontrar explicaciones a todo, sin poder encontrar un sentido que abra el camino a la trascendencia. Es un modo de pensar que no alienta a caminar, a buscar, a esperar. “No hay nada que hacer.”
- *Activismo ¿qué hago/hacemos?* Es la tendencia a saltar el momento de asumir lo percibido, para pasar a la acción. Se tiende a buscar la solución, sin asumir en profundidad la cuestión. Se intenta valorar el resultado por sobre el camino, el objetivo alcanzado por sobre el proceso, la escucha, la compasión desarrollada.
- *Dolor agobiante, parálisis.* Es la tendencia a “hundirse” en el dolor. Es ver insistentemente el dolor, la frustración, propia y ajena, sin capacidad de ver más allá. Es un sentir que imposibilita buscar las opciones que conducen a la vida, y del que se intenta salir tratando de distraerse para no sufrir.
- *Dolor asumido, compasión.* Es la tendencia a asumir la realidad con todo lo que ofrece: decepción-búsqueda, ilusión-posibilidades, encontrando en ella misma, una fuente de esperanza.

4) Diferentes posibilidades de “dejar fluir”

- *Dificultad para “dejar fluir”.* Muchas veces inhabilitamos esta posibilidad. El miedo, la inseguridad, la inexperiencia dificultan la percepción y la lucidez que posibilitan la acción adecuada.
- *Temor, control, búsqueda de garantías.* Otras veces, hay una adecuada percepción, se ve la posibilidad de respuesta, pero aparecen mecanismos de control que no permiten el actuar libres y comprometidos con la realidad.
- *Temeridad: “que sea lo que Dios quiera”, sin compromiso.* A veces, aparecen respuestas insuficientemente asumidas y discernidas. No hay un compromiso verdadero con la realidad.

- *Confianza nacida de la pascua experimentada: ¡Cristo vive!* También está la posibilidad de dejarse actuar por el Espíritu a partir asumir la realidad, haciéndola pasar por el corazón, con compasión y misericordia, permitiendo que se haga “la obra de Dios en la fe” (Jn 6,29). Precisamente, “una Iglesia sinodal se funda en el reconocimiento de la dignidad común que deriva del Bautismo, que hace de quienes lo reciben hijos e hijas de Dios, miembros de su familia y, por tanto, hermanos y hermanas en Cristo, habitados por el único Espíritu y enviados a cumplir una misión común”³.

C) Algunas intuiciones teológico – pastorales para continuar caminando sinodalmente.

El panorama descrito nos invita a proponer algunas pistas para el camino, en fidelidad al Espíritu. Vemos la propuesta de animarnos a caminar, sin necesidad de conocer el punto exacto de llegada. Hoy escuchamos con Abraham: “¡Sal de tu tierra!” (Gn 12,1), y sabemos del camino que transitó el patriarca.

Vemos la invitación a caminar juntas/os, respetando la diversidad, valorando la riqueza de las distintas respuestas que el Espíritu ofrece en este tiempo de gracia. Nos hace bien contemplar la creatividad de las primeras comunidades cristianas, desde el diálogo que nace de la tensión propuesta por la diversidad: institución de los diáconos (Hch 6,1-7); Concilio de Jerusalén (Hch 15,1-35). Nos hace mucho bien mirar el camino de otras/os. La CLAR, las Conferencias Nacionales, el compartir intercongregacional, son espacios privilegiados de este proceso.

Vemos la necesidad de dejarnos sorprender por el Resucitado en el camino y sentirnos urgidas/os por su envío a anunciar lo que hemos visto y oído (Lc.24,13-35; Jn.20,11-18; 21,1-19; Hech.9,1-23). La Familia Carismática es el espacio eclesial suscitado por el Espíritu que mejor encarna la dinámica sinodal. Grupos de laicas/os, religiosas/os y en ocasiones ministros ordenados que asumen tareas comunes, viven el clima de oración y fraternidad, y buscan respuestas nuevas a “lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2,7.11), son escenarios que superan las barreras del modelo eclesial piramidal. Actitudes de dominio y poder, tan ligadas a la llaga del clericalismo, que está a la raíz de todos los abusos en la Iglesia, no tienen cabida en una Familia Carismática. Es un camino de renovación y dinamización de la vida eclesial.

³ XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos *por una iglesia sinodal: comunión, participación, misión*. Instrumentum Laboris para la primera sesión (octubre de 2023), 29.

Para emprender este camino en el Espíritu, es necesario tener presente algunas premisas:

- No temerle a la conflictividad
- Las diferencias no significan ruptura. Aprender a distinguir: consenso – consentimiento – comunión.
- Formarnos en la dinámica comunicativa, valorando la conversación espiritual y el discernimiento.
- Tener presente: “Dios es más grande que nuestra conciencia” (1Jn 3,20).

D) A modo de Conclusión

La Conversión Pastoral propuesta por el papa Francisco en “*Evangelii Gaudium*” implica un cambio profundo en la perspectiva evangelizadora. Se trata de dejar una actitud pasiva de espera, que la gente se acerque a la Iglesia, para pasar a una actitud de salida. Ir al encuentro de nuestras hermanas y hermanos, ofreciéndoles la presencia salvadora de Cristo resucitado.

Esta Conversión Pastoral, nueva construcción pastoral a partir “de la realidad, tal como se da”, nos conduce a una transformación en la estructura eclesial. Esta transformación corresponde a la propuesta conciliar de Iglesia Pueblo de Dios. Ahora se nos propone un modelo eclesial: Sinodalidad. Se trata de “caminar juntos”. Aquí se genera una nueva relación entre las formas de vida. Somos llamadas/os a una nueva relacionalidad, menos jerárquica, más fraternal.

Aquí nuestras comunidades, nuestros Institutos, Órdenes y Congregaciones somos llamados a “ensanchar nuestra tienda”, para considerarnos “Familias Carismáticas”, al servicio del Evangelio. En esto será fundamental profundizar en nuestros carismas y buscar caminos de comunicación de los mismos que generen alegría, paz y esperanza. Aquí, laicas/os, ministros ordenados, todas/os encuentran puertas abiertas para ser hermanas y hermanos en el anuncio de Jesucristo. Aquí, el Espíritu del Señor resucitado da nueva valoración a la voz de las mujeres en la Iglesia: “Vayan a decir a mis hermanos...” (Cf. Jn 20,17; Lc 24,9-11).